

---

## *Crónica de un día de papagayos y Disney*

---

Anuncio Martí<sup>78</sup>

Fue un día como cualquier otro. Antes de salir de casa vi el informativo de la televisión. El año que corría, empero, continuaba dominada por una sigla inglesa que se traduce como “acusación”. Todos los días, por lo tanto, ya no era raro, escuchar en los medios de comunicación la palabra *impeachment*. No fue la acústica anglosajona la que llamó mi atención sino una noticia más *light*. Una periodista, con pasmosa tranquilidad, sin una mínima noción de causa, sin acusar tristeza –por el contrario-, con una sonrisita estúpida en el rostro informó, alegremente, que Campo Grande es la ciudad que más papagayo tiene en área urbana. Sin más nada, invitó a disfrutar de ese espectáculo y prodigar toda la hospitalidad que las coloridas aves merecen. El noticiero avanzó. Y, enseguida, pasó una información del área rural. De nuevo, la felicidad estampada en el rostro de otro periodista, con el anuncio de que el agro-negocio prospera *viento en popa*. La imagen mostraba el verde cañaveral a perder de vista, sin un palmo de árbol y el sol regando con toda su fuerza bruta la plantación envenenada. Mientras tanto, en la ciudad, las aves símbolos del estado, tarareaban en el exilio del siglo XXI.

Salí a la calle y comencé a dirigirme hacia la terminal vieja de la ciudad. Ya me había deparado, días atrás, con que en la arteria de mi casa tenemos nuevos vecinos. Una familia numerosa y muchas criaturas. El bullicio de niñas y niños trajo voces de alegría a la corta vía, que termina en la avenida Marechal Rondón, llenando de tal carencia a la cuadra, hasta hace poco silenciosa senda donde viven jubilados y funcionarios públicos. Al igual que las coloridas

---

<sup>78</sup> Mestrando em Letras na Universidade Estadual de Mato Grosso do Sul.

aves, los nuevos vecinos llegaron también empujados. Ellos, por la cultura urbana de la asimilación moderna. Vinieron de una comunidad indígena, no muy distante de la capital *sul-mato-grossense*. La casa que los abriga, siendo muy pequeña para tanta gente, les garantiza el sagrado derecho urbano que dicta: “la vereda es de todos”. Y, así, las criaturas encaran un verdadero peligro -que en la aldea no existía-, al ensanchar la estrecha vereda de los transeúntes ciudadanos a la vía de los automóviles. A la tardecita, a la sazón, los nuevos vecinos acostumbran ganar espacio a la raquílica sombra que la ciudad les ofrece en el minúsculo punto de conventillos alquilados. Aquel día de la noticia sobre los papagayos estaba frente a la casa una pareja muy joven de indígenas, con la hija de dos años, aproximadamente. La niñita cayó en medio de ellos, se golpeó y lloró. Ni él ni ella se percataron del “accidente”. Padre y madre estaban con el celular en el oído, él mirando hacia la calle Cándido Mariano y ella hacia Marechal Rondón. Se echaron un vistazo de “no me mires a mí”, levemente inquietados por el llanto de la criatura. Uno esperando la reacción de socorro de la otra y vice-versa, cosa que no aconteció. El llanto de la niñita ganó el silencio de los padres, quienes renuentes, no despegaron medio segundo el celular de sus oídos.

Seguí mi camino. Pasando por la terminal vieja escuché a una antigua moradora, a quien modernamente llaman “persona en situación de calle”, decirle a su pareja:

- Para qué vos te importas con esos problemas de Lula y no sé qué, si nosotros ya estamos más jodidos que la muerte.

Sin ninguna conexión con el contenido político de la pregunta el marido, tambaleando, le responde con una pregunta directa:

- ¿Terminó el *Camello*?

Y respondiéndose así mismo, el individuo dijo:

- Si es que ya terminó dame ese *Tres Leones* que está en mi bolsón.

Dejé el cubículo sucio, nauseabundo, lleno de orinas de alcohólicos y drogadictos abandonados a su suerte y en pocos minutos ya estaba en la Avenida Afonso Pena, orgullo de todo buen ciudadano *campo-grandense*. Desde la churrasquería *Nossa Querência*, más

conocida como *Churrascaria do boizinho*, ya se yergue frente a mí, imponente e orgullosa, la sede de la FIEMS, la federación de los poderosos industriales y empresarios de Mato Grosso do Sul. El edificio, envuelto en cristales, tenía dibujado una gigantesca cuerda para ahorcarse, con la frase “*Acorda MS*” (Despiértate Mato Grosso do Sul-MS). Un gigantesco *impostómetro* electrónico, colgado en el último piso del mismo predio de vidrio espejado, estaba mostrando la forma acelerada y perjudicial con que los más ricos del país pagan impuestos.

(¡Es que nadie se apiada de los enormes sacrificios y necesidades que ellos pasan!)

(¡Nadie ve que mediante el esfuerzo de ellos hay comida en la mesa de los brasileiros!)

(¡Cuánta insensibilidad!)

Estando ya al otro lado de la Avenida Afonso Pena y debajo del cruel *impostómetro*, me cruzo con dos desarrapados que se dirigían hacia la antigua terminal. Envueltos en sus harapos pedirán dinero en la calle, comprarán caña, matarán el hambre y pagarán impuesto.

Sobre mi cabeza y volando hacia la misma dirección de los desdeñados ciudadanos en harapos, dos papagayos parlanchines avisaron de su llegada a la *Orla Morena*, donde buscarán comida y los usuarios de la arbolada banda les sacarán fotos.

Cuando regresé a mi casa mi hijo adolescente me avanza:

- ¡Papi! en *Facebook*, se están quejando de que los personajes principales de *Tolkien*, en sus libros y en las películas, mueren muy rápido.
- ¿Ah sí? – le respondí curioso.
- Sí, y uno de los productores les respondió que si querían literatura y películas con final feliz, que leyesen los cuentos y vieses las películas de *Disney* - dijo él, con una amplia sonrisa y un aire casi triunfal -

Recebido em 05/05/2017.

Aceito em 03/06/2017.